

ORY EN EL RECUERDO. Sábado.
Francisco Nieva

Ory y Ary, el protagonista de “La señora tártara”. Busqué un nombre que se le pareciera. Aún lo recuerdo muy a menudo. El no me quiere tanto, no le importo tanto. Sus razones habrá. No creo haber influido en nada sobre él, y él sobre mí, si. Mucho.

No lo copié nunca porque, si se le imita, se le plagia, pero fueron otras cosas las que me enseñó. Que se le comparase a un Rimbaud madrileño y doméstico, ya era un honor. En verdad, era extraordinario. Y simpatizamos tan espontáneamente, porque esa rica nebulosa pre-consciente o irracional, de la que él extraía esas inefables imágenes - que dejaban de ser inefables y se expresaban como objetos preciosos - era muy parecida a la mía.

Aunque yo iba con retraso, y eso basta para establecer una diferencia. Él había sido muy precoz y yo menos. Llegué a madurar muy tarde. El sólo asistió a mis balbuceos y, después, seguí madurando aparte. No conoció a su tiempo mis obras mejores. Él vivía en Francia y yo en muchas partes, ya sin obligaciones matrimoniales. No nos comunicábamos, sólo éramos un recuerdo el uno para el otro.

¿Por qué no hubo mayor comunicación? Vidas difíciles, vidas para vivir con el corazón en vilo. ¿O es que nuestra amistad no podía dar de sí más de lo que dio? Seguramente. Sin embargo, yo le he dedicado una obra, que no le mandaré, para no obligarle a responder, ni siquiera con agradecimiento. No quiero turbarlo. Creo que tiene dos años más que yo. Es un anciano, yo soy un anciano. Respetémonos.

Para nuestros compatriotas, los dos tenemos algo de extranjeros, y algo de exóticos, aunque él sea muy andaluz y yo muy manchego. Los dos salimos de España para expresarnos mejor y con mayor libertad, pero no lo hemos hecho en francés. Las circunstancias nos eran adversas en España, pero nunca nos lo fueron en el castellano. Y nuestro castellano ha sido flexible y nos ha servido muy bien.

Ninguno de los dos, empero, somos aquí muy populares, aunque en un círculo más bien selecto, en donde entran viejos y jóvenes, sí tenemos un cierto prestigio. Compruebo que, para nuestra edad, no hay demasiado declive mental. La última vez que le vi, ni siquiera hace un año, me pareció que, por dentro, continuaba siendo el mismo, tierno y brillante, una llama que no se apaga.

Y me confió por lo bajo: - “Tú no sabes cuánto he sufrido”.

(Fragmento inédito de sus *Antimemorias*, 2003 c.)